



QB S1  
F53

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

## ALMA VESTIDA DE AIRE

Estaba de pie, castamente desnuda, con los brazos levantados hacia su cabellera, cuya masa suave y opulenta torcía, esforzándose en sujetarla á la cabeza. Era una hermosura juvenil que no había llegado aún á la perfección y á la amplitud de las formas definitivas; pero que se acercaba á ellas, radiando en la aureola de los diez y siete años.

Hija de Venecia, las carnes, de una blancura ligeramente sonrosada, dejaban adivinar, bajo su transparencia, la circulación de una savia árdiente y vigorosa. Brillaban sus ojos con brillo misterioso y perturbador; y las rojeces de sus labios ligeramente entreabiertos hacían pensar tanto en el fruto como en la flor.

Era maravillosamente bella, y si algún



nuevo París hubiere recibido la misión de discernir la palma, no sé si hubiera puesto á sus pies la de la gracia, la de la elegancia ó la de la belleza: tanto parecía reunir el encanto vivo de la seducción moderna y las tranquilas perfecciones de la belleza clásica.

La más feliz, la más inesperada de las casualidades nos condujo junto á ella al pintor Falero y á mí.

Una hermosa tarde de primavera, paseándonos á orillas del mar, atravesamos uno de esos bosques de olivos de follaje triste que se encuentran entre Niza y Mónaco, y sin advertirlo penetramos en una propiedad particular abierta del lado de la playa. Un pintoresco sendero, subía culebreando hacia la colina. Salíamos de un bosquecillo de naranjos cuyas pomás de oro recordaban el jardín de las Hespérides, soplaban un aire perfumado, abstráala el azul profundo del cielo, discurríamos acerca de un paralelo entre el arte y la ciencia, cuando mi compañero, detenido súbitamente como por una fascinación irresistible, me hizo señas para que me callara y para que mirase.

Tras de los tupidos cactus y de los higos de Berberia, á unos cuantos pasos frente á

nosotros, una suntuosa sala de baño, que tenía la ventana abierta del lado del sol, nos dejaba ver, no lejos de una cuenca de mármol en la que un chorro de agua caía con sonoro murmullo, á la niña desconocida, de pie frente á una colosal psyché que reflejaba su cuerpo entero. Sin duda el ruido del agua la impidió oír nuestros pasos. Discretamente—mejor dicho, indiscretamente—permanecemos mudos é inmóviles mirando tras de los cactus.

Era hermosa, y parecía ignorar cuán grande era su hermosura. De pie sobre una piel de tigre, dejaba, muellemente, que el tiempo se deslizara. Creyó que aún estaba demasiado húmeda su cabellera y la dejó rodar por su cuerpo; se volvió hacia nosotros, cortó una rosa de un tiesto cercano á la ventana, y en seguida volviendo hacia el espejo continuó su tocado, lo terminó tranquila, colocó la rosita entre dos trenzas, y volviendo la espalda al sol se inclinó, sin duda para recoger sus vestidos; pero se enderezó violentamente, dió un grito penetrante, y ocultándose la cabeza entre las manos, corrió á esconderse en un rincón sombrío.

Hemos creído siempre que algún movimiento de nuestras cabezas traicionó nues-



tra presencia, ó que por algún reflejo de la psyché, hubo de advertirnos. Sea como fuere, nos pareció prudente volver sobre nuestros pasos, y, por el mismo sendero, descendimos á la playa.



—¡Ah! dijo mi compañero, confieso á vd que de todos mis modelos ninguno es más perfecto que esta niña; ni aún el que me sirvió para mis cuadros *Celia* y *Estrellas dobles*. Usted mismo ¿qué piensa de ella? ¿No ha surgido esta aparición en el momento oportuno para que me concediera la razón? Por más que celebre usted con elocuencia las delicias de la ciencia, habrá de convenir en que el arte tiene también sus encantos. ¿Las estrellas de la tierra no rivalizan ventajosamente con las bellezas del cielo? ¿No admira como nosotros la elegancia de esas formas? ¿Qué tonos tan encantadores! ¿Qué carnes!

—Jamás tendré el mal gusto de no admirar lo que es verdaderamente hermoso; contesté, y admito que la belleza humana—diré á usted sin vacilación, en particular la belleza

femenina—representa lo que la Naturaleza ha producido más perfecto en nuestro planeta; pero ¿sabe usted lo que más admiro en ese sér? No su aspecto aristocrático ó estético, el testimonio científico que nos da de un hecho sencillamente maravilloso. En ese cuerpo encantador veo una alma vestida de aire.

—¡Oh! gusta usted de la paradoja. ¡Una alma vestida de aire! Es eso muy idealista para un cuerpo tan real. Que esa mujer encantadora tenga alma, no lo dudo; pero permítame usted á un artista que admire su cuerpo, su vida, su solidez, su color...

—No se lo impido; pero precisamente esa belleza física es la que me hace admirar el alma, la fuerza invisible que la formó.

—¿Qué quiere decir? Se tiene un cuerpo, sí; pero la existencia del alma es menos palpable.

—Para los sentidos, sí, para el espíritu, nó. Los sentidos nos engañan absolutamente, en cuanto al movimiento de la Tierra, la naturaleza del cielo, la solidez aparente de los cuerpos, los séres y las cosas. ¿Me hace favor de seguir por un instante mi raciocinio?



Cuando aspiro el perfume de una rosa, cuando admiró la belleza de forma, la suavidad de colorido, la elegancia de la flor en su primer día, lo que me impresiona más es la obra de la fuerza oculta, desconocida, misteriosa, que preside á la vida de la planta, que sabe dirigir el sostenimiento de su existencia, que escoge las moléculas de aire, de agua, de tierra, convenientes á su alimentación, y, sobre todo, que sabe asimilar esas moléculas y agruparlas con tal delicadeza que forma estas hojas verdes y finas, aquel tallo elegante, esos pétalos de tan suave sonrosado, aquellos tintes exquisitos, esos perfumes deliciosos. Tal fuerza misteriosa es la que llamo yo alma de la planta. Siembre unos junto á otros, una raíz de lirio, un glande de encino, un grano de trigo, una semilla de albérchigo: cada género se construirá su organismo.

Conoci un acebo que moría en los escombros de un muro viejo, á unos cuantos metros de la saludable tierra del foso, y que desesperado lanzó una raíz aventurera; alcanzó

el suelo deseado, hundió allí una garra sólida, tan sólida, que, insensiblemente, él, el inmóvil, cambió de lugar, dejó morir sus raíces primitivas, abandonó las piedras y vivió resucitado, transformado, sobre el organismo libertador. Conoci olmos que iban á alimentarse, bajo de tierra, á un campo fértil, á los cuales se les cortaron los viveres por medio de una amplia zanja y que se decidieron á enviar por debajo de ella las raíces no cortadas: lograronlo y volvieron á su asiento permanente con gran asombro del horticultor. Conoci un jazmín heróico que atravesó ocho veces una tabla agujerada que le separaba de la luz, y que un observador tenaz trala á la obscuridad confiado en que cansaría al fin la energía de la flor: no lo consiguió.

La planta respira, bebe, come, escoge, rehusa, busca, trabaja, vive, procede, según sus instintos; ésta es vigorosa, aquélla enfermiza, la de más allá nerviosa. La sensitiva se estremece y cae desmayada al menor roce. En ciertas horas de bienestar el yaro arde, el clavel es fosforescente, la valisneria fecundada desciende al fondo de las aguas á madurar el fruto de sus amores. Bajo estas manifestaciones de una vida desconocida, el filósofo



El adulto pesa, por término medio, 70 kilogramos. De esta suma, corresponden 52 kilogramos de agua á la sangre y á la carne. Analice la substancia de nuestro cuerpo, y hallará albúmina, fibrina, caseína y gelatina; es decir, substancias orgánicas compuestas en su origen por estos cuatro gases esenciales: oxígeno, ázoe, hidrógeno y ácido carbónico. Hallará también substancias desprovistas de ázoe, como la goma, el azúcar, el almidón y los cuerpos grasos. Estas materias pasan igualmente por nuestro organismo; el carbono y el hidrógeno que traen se consumen por el oxígeno que respiramos, y salen bajo la forma de agua y ácido carbónico.

El agua, como vd. sabe, es una combinación de dos gases; oxígeno é hidrógeno; el aire, mezcla de dos gases: oxígeno y ázoe, á los cuales se agregan, bien que en proporciones débiles, agua bajo la forma de vapor, ácido carbónico, amoníaco, ozono, que no es otra cosa que oxígeno condensado, etc.

Así, pues, nuestro cuerpo está compuesto de gases transformados.

